

Por el famélico insecto
 Que su caliz ocultaba.
 ¿Quién vió sus bellos matices
 Alegres? ¿quién vió sus galas
 Ostentando el atractivo
 Que á los céfiros embriaga?
 Aquellos aparecieron
 Macilentos, doblugada
 La hermosa, gentil corola
 Que en el tallo se elevaba.
 ¿Quién la miró sonreírse
 Con la sonrisa del alba,
 Ni del magnífico sol
 A la fecunda mirada?
 Alguna vez un suspiro
 Oyó la luna plateada,
 Suspiro en que la ofreeía
 Su pura, suave fragancia.
 Así en las noches serenas
 Ténues, muy tristes sonaban
 Las patéticas canciones
 Que á los jielos elevabas;
 Y sus doloridos ecos
 Mi corazón penetraban
 Grabando en él para siempre
 Las penas que devorabas.

Dolores Correa Zapata.

UN CANTO.

Las sombras de la noche cayendo sobre el mundo,
 Sus ámbitos rodeaban de intensa oscuridad,
 El cielo semejaba cual piélago profundo
 El antro de una tumba de horrisona hoquedad.

Cubriendo como cubre las formas de los muertos
 El fúnebre sudario que llevan al panteón,
 Caían en los campos desnudos y desiertos
 Las nieves de la fría, tristísima estación.

El Cielo sin estrellas, la Tierra sin fulgores;
 Las fuentes sin murmullos, las aves sin cantar;
 Los árboles del campo sin hojas y sin flores,
 Dormidas en la nieve las olas de la mar.

Las sombras y el silencio cimiéndose doquiera
 Tomaban de la muerte las formas y la voz:
 Lo ignoto, lo invisible que empieza en la postrera
 Jornada que enmudece por siempre el corazón....!

La noche y el invierno se adunan y se enlazan
 Las nieves en las sombras cayendo sin cesar
 Semejan á esas horas que cubren cuando pasan
 Con nieblas del hastío las sombras del pesar.

La llama del relámpago que cruza el firmamento,
 Alumbra con su trémula y roja claridad,
 El trueno que retumba revela con su acento
 La vida, en que palpita la ronca tempestad.

El alma también tiene sus horas de tormenta
 De horrible sufrimiento, de bárbara aflicción,
 Y en el dolor profundo que hiere que atormenta,
 Se siente que palpita, que vive el corazón.

Pero hay algunas horas de calma tan profunda,
 Se vive de tal modo hundido en el sopor,
 Que un hálito de muerte parécenos que inunda
 Al alma indiferente al goce y al dolor.

¿Las páginas de hielo que cubren el pasado
 Le roban para siempre la vida al corazón?
 ¿Las aves que abandonan el árbol deshojado
 Regresan con los rayos purísimos del Sol?

Al ver aquella noche tristísima de invierno
 La Tierra entumecida y hundida en el sopor,
 Creí que en su letargo tan triste como eterno
 Jamás recobraría la vida y el calor....!

.....,.....
 Pero el invierno pasó
 Y al volver la primavera
 De nuevas galas vistió
 La desolada pradera
 Un beso ardiente del Sol.
 Los árboles ostentaron
 Otras hojas y otras flores
 Y cantando sus amores
 A su follaje tornaron
 Alondras y ruiseñores.
 Las fuentes aprisionadas
 En sus cadenas de nieve
 Del Sol al contacto leve
 Corrieron alborozadas.
 Del mar las dormidas olas
 Se despertaron sonando
 Al soplo del aura blando
 Que iba el marino poblando
 Con alegres barcarolas.
 Al recobrar nueva vida,
 Parecía la creación
 ar al Sol la bienvenida

Palpitando estremecida
 De placer y de emoción.
 Era el orbe un instrumento
 Pulsado por mano ignota
 Que elevaba al firmamento
 Dulces himnos de contento
 Vibrando en eterea nota
 Y como el eco devuelve
 La voz que el viento se lleva
 Bajaba la nota nueva
 Como el vapor que se eleva
 Y que en lluvia se resuelve
 Quizá en alas de la brisa
 Que en misteriosa canción
 Murmuraba una oración
 Dios enviaba una sonrisa
 Con su santa bendición. . . . !

Refugio Barragán de Toscano.

AMORES

AMOR FILIAL.

Está la niña sentada
 De la madre en las rodillas;
 Hermosa como los ángeles,
 Tierna cual las sensitivas,

Pura como los reflejos
 Del sol en la alta colina,
 Graciosa como las ondas
 Que lamen la arena limpia.

Sus blancos brazos que cubren
 Corta manga de batista,
 Hoyuelados y redondos,
 De la madre el cuello mimau;

Mientras su boca de nacar,
 Tan dulce como bonita,

Besa los maternos ojos
Que enamorados la miran.

Y cuando prenda tan cara
La madre á besar se inclina
Ella mueve juguetona
La redonda cabecita

Y con monadas graciosas,
Besos, palabras, caricias,
Paga de la madre el beso
Y la ternura sencilla.

¡Feliz madre! siente el alma
De emociones conmovida;
¡Que aquel amor es su cielo
Y es su aliento aquella niña!

¡Carmen, Carmen! ¿me amas mucho?
Dice al besar su mejilla;
Y ella dejando escuchar
De sus labios la armonía

Vaga, indefinible y tierna
Como el soplo de las brisas
Que juegan entre las flores
Le contesta complacida:

“Como lo que hay de aquí al cielo
“Así te amo, madre mía

“Y á nadie amaré en el mundo
“Como á tí que eres mi vida!”

Con tristeza indefinible
La madre la oye y suspira,
Recordando que á su madre
Lo mismo contó de niña.

AMOR JUVENIL.

Dieziocho primaveras en su frente
Las gracias del amor han derramado;
Hermosa está como la clara fuente
Que se desliza en el risueño prado.

Sus ojos son azules como un lago,
Tersa su frente, despejada y pura,
Argentina su voz cual eco vago
Que allá á lo lejos plácido murmura.

Su boca fresca, nacarada y breve;
Deshecha en oro su gentil cabeza,
Su talle airoso, cimbrador y leve
Como la palma que á elevarse empieza.

Tal es Carmen, la niña juguetona
Que años atrás con castos embelesos,
De amor promesas á su madre abona
De caricias llenándola y de besos.

¿Mas hoy? de ella se oculta y á sus solas
De un sér querido con la imagen sueña,
Como sueñan las rojas amapolas
Y el blanco lirio oculto entre la breña.

Su corazón palpita estremecido
Por un mundo de ardientes ilusiones;
Inquieto afán, afán desconocido,
Le habla de otras más dulces emociones.

Otro mundo adivina, otros ensueños
Á través del amor que la consume;
Y al embriagarse en sus dorados sueños
Cual la violeta, oculta su perfume.

.....

■ Son las diez de la noche: á una ventana
Se acerca un joven cauteloso y leve;
La luna gira plácida y galana,
El viento apenas la hojarasca mueve.

Tibia y embalsamada el aura juega
Con los estambres de la flor dormida,
Y entre sus hojas que la noche plega
Leve suspiro al alejarse, anida.

Todo callado está, todo reposa,
Todo es misterio en torno del amante;
Cuando risueña enamorada, hermosa
Carmen, de dicha, asoma palpitante.

¿Qué siente Carmen al tender su mano,
Entre las duras y calladas rejas,
Al hombre que la adora, y que no en vano
Viene á decirle sus amantes quejas?

¿Qué pasa en su alma al escuchar sentida
Las promesas de amor que ya le hicieron,
Y que son el aliento de su vida,
Y siempre nuevas á su oído fueron?

Las jóvenes amantes que como ella
Vagan en esa atmósfera de flores,
En que cada ilusión es una estrella,
Cada promesa un cielo de colores,

Podrán decir lo que la joven siente
En ese instante de ventura inmensa
En que arde el corazón, arde la frente....
¡Y de tanto pensar, nada se piensa!

Agitada y el seno comprimiendo
Para acallar su palpar profundo,
Ebria de amor, murmura sonriendo;
“¡Te amo como jamás se amó en el mundo!”

Entonces en el alma palpitante
¡Mira á su madre que la busca y nombra.....!
¡Vana ilusión! ante el amor de amante
Pasa el amor filial como una sombra!

MACLOVIA TREJO.

A MI MADRE.

Desde que te perdí, siento que mi alma
Abre las alas en desierta zona;
Vivo lejos de tí, como la palma
Que tiene su nostalgia por corona.

De verme abandonada llegó el día,
Tu muerte el corazón me hace pedazos,
¡Amor de mis amores, madre mía,
Despierta, y como ayer dame tus brazos!

MANUELA L. VERNA.

A mi hermana Lupe.

EL DÍA DE SU SANTO.

Niña que encantas el alma
Con tu gracia y tu ternura
Que el aura del campo pura
Acaricia en el vergel.

Son dorados tus cabellos
Y majestuosa tu frente,
Es tu mirada inocente,
Tus labios son de clavel.

Es tu boca purpurina
Y perfumado tu aliento,
Eres pura como el viento
De las mañanas de Abril.

Eres la hija idolatrada,
La hermana más hechicera,
La rosa de primavera,
La niña de gracias mil.

A tí las flores te halagan,
Besa tu sien el ambiente;
Cruzando vas inocente
El pensil de la niñez.

¡Quiera el cielo que mañana
No marchiten los dolores
Con sus airados rigores
La belleza de tu tez!

Y que tu virgíneo pecho
Siempre la virtud anime,
Hoy que en tu frente se imprime
Con magnífico esplendor.

Que en el valle de la vida
Te den las flores su aroma
Sus arrullos la paloma
Sus trinos el ruiseñor.

Diciembre de 1866.

JULIA G. DE LA PEÑA.

A ROSA

Cándida niña que feliz naciste
Del ancho Bravo en la ribera hermosa,
Tú que á su brisa vaga y melodiosa
Los poéticos rumores aprendiste.

Tú que en su linfa retratarse viste
Tu bello rostro de jazmín y rosa
Cuando á la luz de la ilusión radiosa
Latir tan solo el corazón sentiste.

Escucha de mis lánguidos cantares
Las notas de cariño, Rosa mía,
Y al fulgor de los grupos estelares

Que van sembrando la región vacía,
Estraña de la vida á los pesares,
Recuerda cariñosa mi poesía.

H. Matamoros, Enero 14 de 1876.

Julia G. de la Peña de Ballesteros.

La Niñez.

Apenas ¡ay! la aurora de la vida
 Baña la frente del risueño infante,
 Y ya delira con afán constante
 Por llegar á otra edad.
 Quiere ser hombre y su estatura alarga
 De su anhelo infantil en el exceso,
 Y exclama sin cesar con embeleso:
 "¡Ah! qué grande estoy ya!"

No sabe que del hombre la existencia
 Es un continuo batallar eterno,
 La infancia es el edén: el denso yermo
 Se encuentra más allá.
 Se aleja la niñez encantadora
 Coronada de sueños inocentes,
 Y el dolor, infinitas y latentes
 Impresiones nos dá. . . .

Los niños no comprenden que la vida
 Está llena de angustia y de dolores,
 Para ellos son eternas esas flores
 Que coronan su círculo infantil.
 Y la apariencia de otra edad los ciega
 Con la dicha soñada que adivinan,
 Y en su blanca ilusión ellos caminan
 Como tímida oveja hasta el redil.

No saben estos ángeles hermosos
 Que *vivir es sufrir* sobre la tierra,
 Que un año de existir, un año encierra
 De amargo y acendrado padecer.
 Que cuando pasa la ilusión brillante
 Queda la realidad triste y sombría. . . .
 Y una aguda y mortal melancolía
 Nos hace sin cesar desfallecer.

Quieren crecer, mirar otro horizonte
 Bañado en el fulgor de su esperanza,
 Y al crecer, sólo ven en lontananza,
 La niebla condensada del dolor.
 Sólo existe un placer, ¡ojalá y nunca
 Pasare cual relámpago fugace!
 Principia ese placer cuando uno nace
 Y acaba cuando empieza la razón.

Mariposa gentil, bellos colores
 Esmaltan tu preciosa vestidura;

¡Lástima que se abraze tu hermosura
 En el fuego de un mundo engañoso!
 Lástima que al crecer como desear,
 Niño feliz, que alborozado vives,
 Con un paso adelante, sólo actives
 La marcha progresiva del dolor

¡Es tan triste vivir sin esperanza,
 De realizar la dicha que soñamos!
 Cuando en la edad de la razón estamos
 Sentimos tan herido el corazón. . . .
 ¡Hay tan hondos pesares en la vida,
 Tiene tantos misterios el destino,
 Que el mísero mortal en su camino
 Agobiado se siente de afición!

Acatemos la ley de la existencia:
Vivir y sucumbir en la tortura,
 El término es la oscura sepultura
 Del mundo en el perpétuo batallar.
 Término material, física calma
 Del cuerpo corroído de dolores. . . .
 Mas el alma inundada de fulgores
 Vá en el cielo sus alas á plegar.
 Montémorelos, Junio 22 de 1884.

DOLORES DELAHANTY.

A MARIA PURISIMA.

Existe aquí dentro del alma mía
 Un afecto sublime, reverente,
 Que el corazón me llena interiormente
 De dulzura infinita y alegría.
 Es mi amor á la pálida azucena
 Que los cielos llenó de rico aroma
 Á la inocente, cándida paloma
 De perfecciones y virtudes llena.
 Es su nombre dulcísima ambrosía,
 Como de Dios la emanación más santa
 Que al cielo y á la tierra los encanta
 La inmaculada y celestial María.
 El alado querub dice ese nombre
 Que veneran los ángeles en coro,
 Ella es el astro refulgente de oro

Que presta luz al corazón del hombre.
 María es el puerto para el navegante,
 Es la dulce esperanza del cristiano,
 Y lo sostiene con su santa mano
 Cuando en la fé lo mira vacilante.
 Al escuchar tu nombre sacrosanto
 Reverentes se inclinan las naciones,
 Y laten los cristianos corazones
 De este tu nombre al celestial encanto.
 Y yo te invoco con ferviente anhelo,
 Para que apartes mi alma del pecado;
 Que el corazón conserve immaculado
 Para admirar tu imagen en el cielo!

1885.

Laureana Wright de Kleinhans.

Savonarola.

Joven é iluso, soñador y bello,
 De tu alma en el espacio te perdiste,
 Y al ver tu corazón te estremeciste
 De un amor mundanal bajo el destello.

Aquel amor, paloma solitaria
 Buscando un nido do posar su frente,
 Tendió su vuelo y dibujó en tu mente
 Una forma sutil ó imaginaria.

Mas pronto la quimera de tus sueños
 Impalpable, fugaz y vaporosa,
 Bajo la forma de mujer hermosa
 Convirtió en realidades tus ensueños.

Una mujer.....! con la orla de su manto
 Tu frente macilenta cobijaba,

Y en tu celda callada retrataba
De su contorno el misterioso encanto.

Una mujer. . . .! ante la luz febea
Ó de la sombra en el profundo arcano,
Podías tan solo con tender tu mano
Tocar su forma y definir tu idea.!

Mas un negro sayal ¡triste barrera!
De tu amor humanal te separaba:
Si el corazón fogoso te lanzaba
La religión te detenía severa!

Combates gigantescos se trabaron
Entre los sueños de tu afán ardientes,
Donde el cielo y el mundo persistentes
Su imperio sobre tí se disputaron.

Amando á Dios y en su bondad creyendo,
Concebir no pudiste que exigiera
Que el hombre ni pensara ni sintiera
Corazón y cerebro poseyendo.

Tan grande era el anhelo de tu pecho,
La fé de tu alma en su amargura misma,
Que te lanzaste sin temor al cisma,
Sosteniendo tu creencia y tu derecho.

Una prueba que el cielo te inspirara
Por fallo de tu causa propusiste,

Y arrojarte en las llamas ofreciste
Esperando que Dios las apagara.

El que sostuvo de Moisés la vida
Con el *maná* dulcísimo del cielo;
El que abrió elemento el denso velo
Del antro de la mar embravecida;

Aquel Jehová tan grande y justiciero
Siempre padre y amparo del creyente,
Debía neutralizar omnipotente
La acción del fuego asolador y fiero.

¡Fanático sublime, temerario,
De tu capa pluvial bajo el abrigo
Llevando al Cristo de tu fé testigo,
Subiste á tu suplicio voluntario!

Por vez postrera tu mirada triste
Al cielo que implorabas levantaste:
Le viste indiferente.te inclinaste. . .
¡Y envuelto en el incendio sucumbiste!

Mateana M. V. de Stein.

A TOLANTZINCO.

Salve, Tolantzinco hermosa!
 Donde el aura es mas serena,
 Donde es más exuberante
 La rica naturaleza;
 Donde de las bellas flores
 Se aspira la grata esencia,
 Y de las aves los trinos
 Nos trae la brisa lijera;
 Donde el cielo es mas azul
 Do el agua murmura leda,
 Y brindan ventura y calma
 Tus encantadas florestas.
 ¡Salve! el alma emocionada
 Al contemplar tus bellezas
 Olvida sus desventuras
 Olvida sus hondas penas!
 Oh! cómo pasan aquí
 Las horas dulces, serenas,

Cómo trascurre la vida
 De gratos encantos llena!
 Aquí se siente mejor,
 Más goce la mente sueña,
 Con más fé, con más confianza,
 Dicha el corazón espera.
 Cuando el angel del deber
 Á mis hogares me vuelva,
 Bendeciré tu recuerdo,
 Lo adoraré hasta que muera,
 De tus generosos hijos
 Me llevaré como prenda,
 El sentimiento infinito
 De amistad franca y sincera;
 En tanto, ciudad hermosa,
 La de perfumadas selvas,
 La de cristalinas aguas
 Con las que el sol juguetea,
 La de inmensas hortalizas
 La de magníficas huertas
 Frescas, tranquilas, umbrías
 Que al Paraíso remedan,
 Te saludo cariñosa,
 De placer el alma llena,
 Y te ofrezco el homenaje
 De mi admiración sincera!

Abril 6 de 1884.

Clotilde Zárate.

UNA VIOLETA.

Mientras del sol los vívidos fulgores
Bañaban al jazmín y á la mosqueta
De la luz se ocultaba una violeta,
Entre los tallos de las otras flores.

Reflejo de mis íntimos dolores,
Al descubrirla la mirada inquieta,
De esa flor predilecta del poeta
Creí hallar en los pálidos colores.

Cuando entre nubes de zafir y rosa
El sol al occidente descendía,
Volví á internarme por la selva umbrosa;
La violeta gentil mustia yacía,
Sus alas agitó una mariposa,
Y el vuelo alzó cual la esperanza mía.

Lucía G. Herrera.

ADMIRACION

A la inspirada poetisa Esther Tapia de Castellanos.

¡Esther! ¡Esther! Tu inspiración sublime
Llega siempre hasta mí,
Conmoviendo las fibras de mi alma
Que vibran siempre cuando pienso en tí.
En las aulas, al ver tus dulces versos
Junto á mí te sentía;

La emoción al momento me embargaba
Y mi pecho infantil se conmovía.
Mi buena directora, cariñosa,

Tus versos me prestaba.....

¡Entonces sí que me sentí dichosa!
¡Entonces sí mi corazón gozaba!
Mi alma que aunque no te conocía

Te llegó á querer tanto,

Invocaba tu dulce poesía
Que la llenaba de ilusión y encanto.
Grande, muy grande yo te contemplaba
Y escucharte, creía;

Con tus versos, Esther, me deleitaba;
Tu genio, admiración me producía.
Mi alma, que lo grande siempre admira

Y que adoró lo bello,

Hoy te dedica un canto de su lira,
¡Es de mi admiración sólo un destello!

LUISA MUÑOZ LEDO.

LA TEMPESTAD.

ELEGIA.

Tempestuosa la atmósfera cargada
De vapores se ve,
Densas nubes la bóveda azulada,
Enlutan por do quier.

La luz del rayo vívida y fosfórea
Surca el cielo veloz,
Y retumba del trueno la estentórea
Y terrífica voz.

Todo es silencio por do quier: escúchase
Sólo la tempestad;
Natura calla cuando escucha atónita
La voz de Jehová.

Gota á gota la lluvia trasparente
Cae sobre el cristal
De mi ventana, do mi mustia frente
Apoyo con pesar.

Cayendo el agua en el cristal resuena
Monótona y sutil,
Se queja el viento como de alma en pena
Remedando el gemir.

Mi alma se eleva en atrevido vuelo
Dejando esta región,
Y atravesando el enlutado cielo
Admira á su creador.

¡Señor! si veo brillar en claro día
Tu amor y tu bondad,
Más grande te contempla el alma mía
En recia tempestad.

¡Parece que dejando los palacios
De gloria y esplendor,
En un carro de fuego los espacios
Vas cruzando, Señor! . . .

Sigue la tempestad: tal vez la losa
Del nicho funeral
Donde mi amada madre en paz reposa
La lluvia azotará.

Y entanto tú estarás ¡Oh madre mía!
En el eterno Edén,
Gozando de una célica alegría
É interminable bien.

¡Oh, si á través del tempestuoso cielo
 Asomaras tu faz
 Y de verte tuviera yo el consuelo
 Un momento nomás!

¡Oh, si pudiera yo ver tu semblante
 Risueño, celestial,
 Y tu cuerpo ya diáfano y radiante,
 De júbilo inmortal!

Si pudiera mirarte entre querubes
 Circundada de luz . . .
 Mas mis ojos tan sólo ven las nubes
 Y mas allá estás tú.

Sólo me es dado ver tu fosa helada,
 Al rojizo fulgor
 Un momento tan sólo iluminada
 Del rayo aterrador.

Tú en tanto que yo gimo en triste duelo,
 Ruégale al Sumo Bien
 Que me reuna al dejar el triste suelo
 Contigo en el Edén.

Mayo de 1868.

INDICE

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.—Bio- grafía	5
El himno de la mañana	14
La Poesía	16
Amor de Madre	21
ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.—A mi hi- jo dando limosna	27
DOLORES GUERRERO.—Desaliento	33
MARÍA DEL REFUGIO ARGUMEDO DE OR- TIZ.—Contemplación	36
MARÍA DEL PILAR MORENO.—Filosofía del Corazón	39
RITA ZETINA GUTIERREZ.—Romance	44
LAURA MENDEZ DE CUENCA.—Adiós	47
¡Oh corazón!	50
JULIA PEREZ MONTES DE OCA.—Después de la lluvia	53
JOSEFINA PEREZ.—UNA LÁGRIMA	55

HERLINDA ROCHA.—Auras de Abril. . . .	57
SOLEDAD MANERO DE FERRER.—Oda al Supremo Artífice del Univer- so	59
GERTRUDIS GOMEZ ZAVALA.—El amor y el desengaño.	62
JOSEFA LETECHIPÍA DE GONZALEZ.—La ofrenda	64
DOLORES CORREA ZAPATA.—Un canto . .	67
REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO.—Amo- res.	71
MACLOVIA TREJO.—A mi Madre.	76
MANUELA L. BERNA.—Á mi hermana Lupe el día de su santo.	77
JULIA G. DE LA PEÑA.—Á Rcsa.	79
JULIA G. DE LA PEÑA DE BALLESTEROS.— La Niñez.	80
DOLORES DELAHANTY.—A María Purísi- ma.	83
LAUREANA WRIGHT DE KLEIHANS.—Sa- vonarola.	85
MATEANA M. V. DE STEIN.—A Tolant- zingo.	88
CLEOTILDE ZARATE.—Una violeta. . . .	90
LUCÍA G. HERRERA.—Admiración. . . .	91
LUISA MUÑOZ LEDO.—La Tempestad. .	92